

MORIR EN LONDRES

Alfredo Joignant
Profesor Titular
Escuela de ciencia política
Universidad Diego Portales
www.alfredojoignant.cl

Hace pocos días, un soldado inglés moría en una calle de Londres decapitado a manos de Michael Adebolajo, quien, enfrentando a un camarógrafo improvisado, justificaba este horrible asesinato recordando que las mujeres de su tierra de origen fallecían también a diario en similares circunstancias. Irónicamente, lamentaba que los transeúntes estuviesen expuestos a este brutal asesinato, arengando a los ingleses a través del lente de la cámara a dejar caer a sus gobernantes, quienes eran señalados como los verdaderos culpables de tamaña crueldad.

Quien cometió este crimen era un británico de color, hijo de inmigrantes nigerianos de fe católica, el que era descrito –relata el periódico *The Guardian*- por vecinos, amigos de infancia, compañeros de colegio y hasta de universidad como una persona común y corriente, en el límite de lo banal y lo vulgar. Buena parte de la prensa europea ha explicado lo ocurrido como una consecuencia de la conversión al “islam radical” por parte de Adebolajo, a veces solicitando razones de locura o desequilibrio individual, aunque subordinándolas al fanatismo religioso del criminal. ¿Es realmente verosímil esta explicación?

A decir verdad, cuesta creer que la religión, o mejor dicho la conversión a un cuerpo de creencias religiosas, pueda provocar en sí y por sí misma comportamientos criminales. Del mismo modo en que Chartier pudo preguntarse si un libro podía provocar una revolución y responder negativamente, se puede dudar que textos islámicos y palabras reveladas (por muy radicales que sean) puedan suscitar asesinatos: es como explicar mecánicamente el holocausto por el efecto que tuvo *Mein Kampf* en las mentes de los militantes del partido nazi. Es demasiado pedirle a las palabras.

Pero sigue entera la pregunta de cómo entender que ciudadanos británicos originarios de otras culturas, a menudo de segunda, tercera y hasta cuarta generación, repudien de este modo la nación que los vio nacer. Qué duda cabe: hay allí un incumplimiento de la promesa de inclusión, eso que los franceses llaman un fracaso de la integración republicana de ese mosaico de minorías originarias del Magreb y de los países del África negra que hasta hace un puñado de décadas fueron colonias galas o británicas.

Conozco bien esa promesa de integración, y aun mejor sus fallas. Muchos de mis mejores amigos de adolescencia y juventud eran de origen magrebí, en quienes -entre juegos de niños y amoríos juveniles- era posible percibir un desgarramiento por no haber nacido en sus tierras ancestrales, y sin embargo experimentarlas como si

fuesen genuinamente propias. Algo así como una nostalgia por lo que no se vivió, y que uno podría describir apelando a una extraordinaria metáfora de Cocteau en *Opium*: una “herida al ralenti”. Es esa herida la que era posible observar cuando disfrutaban con pasión tradiciones musicales o culinarias heredadas de padres o abuelos, y que contrastaban iracundamente con los usos y costumbres de Francia, o cuando eran tratados con desprecio en los controles policiales, al momento de buscar empleo o de refugiarse en sus padres o abuelos al calor del Islam cuando se estaba cesante, para citar tan solo algunos pocos ejemplos.

No se trata ciertamente de justificar el asesinato abyecto, pero sí de entender que el incumplimiento de las promesas de las ex potencias coloniales y su presencia pacificadora en países africanos y del medio oriente trae consecuencias, especialmente en individuos y pequeños grupos de ciudadanos británicos, franceses y estadounidenses originarios de aquellas naciones: un “sufrimiento de ser”, como lo llama Houellebecq en *La posibilidad de una isla*, el que se funda en un recuerdo que carece de pasado, y en una representación de la liberación que se explica mal cuando se recurre al Islam y se le interpreta como fuente del mal. ¿Existe alguna reparación a este desgarró y alguna solución a la coexistencia entre culturas tan disímiles en un mismo territorio? Difícil decirlo, pero es importante seguir creyendo que un mejor mundo es posible cuando en él interactúan pacíficamente a diario etnias, lenguas, religiones, pieles y tradiciones en donde lo que les es común es la diferencia.